

He ahí las diversiones de esas clases distinguidas, que orgullosamente apellídanse la *sociedad*, y que reivindicán para sí solas el título de clases instruídas, de esas clases que se niegan actualmente á ir á la iglesia, para no dar señales de ignorancia visitando esos *teatros de labriegos*, como ellos dicen en su impío lenguaje.

¿Tenemos necesidad, pues, de hablar de las oscuridades de la vida actual, en donde se agita el desecho de la humanidad? ¿Acaso, en sus tinieblas, pueden ocultar algo peor que lo que muestran en plena luz? ¿Haránse cargos á un espíritu formal, si se aparta de semejante mundo? ¿Ó más bien, no se harán á quien mire por su honor, por no apartarse?

Seguramente, ningún hombre honrado puede mantener relaciones con una sociedad cuyas intenciones un escritor moderno resume en estos repugnantes términos: «Son ridículas, no solamente las promesas de fidelidad conyugal sino también la lealtad política; ridículas las personas piadosas, los autores religiosos, los teólogos de oficio; ridículo quien se ocupe en asuntos de moral; ridículo un médico viejo que cree en la virtud del género humano, y particularmente en la de las mujeres; ridículas las expresiones de amor divino y de intereses de Dios». ⁽¹⁾

Un mundo en nombre del cual alguien se atreva á decir impunemente semejantes abominaciones, ha sin duda alguna renegado de todo cuanto se llama Dios, fe y costumbres. ⁽²⁾

Luis Eckardt llegó hasta decir á los alemanes, cuyo carácter, no obstante, impone todavía cierto temor, que «los únicos templos que todavía tienen razón de ser visitados por

(1) Bodichon, *De l'humanité*, II, 220 y sig.

(2) Y aun peor habla Nordau en su libro detestable *Las mentiras convencionales de la humanidad culta*. En él se trata todo lo sublime y noble sencillamente como especulación calculada en la estupidez de los hombres, ó como ciega repetición de mentiras sobre la religión, el matrimonio, la castidad, el amor, la justicia, la cultura. El que lea esta obra inconsideradamente, ó creyendo lo que dice, no sólo se cansará de la verdad y de lo bueno, sino que sentirá deseo de ello. ¡Y ante mis ojos tengo la 18.ª edición con la observación de 52 y 53.000 ejemplares!

los hombres, son los teatros». Strauss pretendía reemplazar todo el culto divino en su patria por óperas y sinfonías de Beethoven.

Mas esto es muy poco en cotejo con lo que hacen otros pueblos más atrevidos. En Francia, se llegó hasta prohibir á la juventud las obras de Víctor Hugo, temiendo que al ver allí estampado el nombre de Dios, y considerada la limosna como la mejor oración, la generación formada en la escuela de Voltaire no vaya á dar en la superstición y el clericalismo, y que, de esa suerte, las mejores perspectivas de los revolucionarios resulten aniquiladas. Con tal objeto, el ciudadano Giedroye publicó un libro para las escuelas, en el cual la palabra *Dios* aparece suprimida hasta en las citas de los clásicos paganos. ⁽¹⁾

En Italia, José Carducci hízose, por un himno á Satanás, el poeta más popular y jefe de una escuela muy activa. ⁽²⁾ Cossa, cuyo odio á Jesucristo no tenía límites, no deseaba más que una cosa; ver restablecido en el Capitolio el culto público de Júpiter Stator. ⁽³⁾

Todos esos hombres, y cuantos conocen los trabajos del espíritu de la época, ¿no deben considerar como extraña ocurrencia de sabio alemán las investigaciones de Strauss, para darse cuenta de si el mundo es todavía cristiano? Ni siquiera es pagano. De tal suerte rompió con la religión, y no tan sólo con la religión sobrenatural, sino con la religión natural, que todo cuanto se halla en contradicción con la razón, la conciencia, la verdad, la honradez, páreces bien, con tal que sirva para desarraigar del corazón los últimos recuerdos religiosos. ⁽⁴⁾

Es absolutamente necesario conocer ese estado de cosas; de otra suerte, sufrimos siempre ilusiones con antiguas fórmulas como éstas: las cosas no son tan malas como se dice; no se debe condenar al mundo en montón, no se le

(1) Drumont, *La France juive*, (3), II, 329.

(2) *Allgemeine Zeitung*, 1881, n.º 322, p. 4739.

(3) Cf. Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 149 y sig.

(4) *Ibid.*, 30 y sig., 94 y sig., 101 y sig., 120 y sig., 387 y sig., 442 y sig.

debe zaherir; él busca también la verdad, aunque sea por otros medios; désele tiempo, ténganse en cuenta sus esfuerzos y se acabará por conquistarle. ⁽¹⁾

¡Pero no! nada hay que ganar, nada que esperar. Por el contrario, todo resultará perder. Aquí, no se trata de extraviados, sino de revoltosos. Como Herodes, buscan la verdad, no para adorarla, sino para asesinarla. Trátase de sublevados contra la luz. ⁽²⁾ Evítanla de intento. ⁽³⁾ Dicen á Dios: «Retírate de nosotros, no queremos conocer tus caminos. ¿Qué clase de señor es, pues, para que mande que se le sirva?» ⁽⁴⁾ De nada sirve negociar con tales enemigos. No se les gana cediendo siempre y poniéndoles buena cara. Quien con ellos no procede con decisión, expóñese á hacer traición á la causa de Dios y á perderse á sí mismo.

Para eso, no se requiere hacer como Samuel y Elías, sacar la espada y despedazarlos. Danse espadas más cortantes que la del guerrero; son la espada de la palabra, de la pluma y del celo. Estas convienen mejor á los servidores de Dios. Así, sería medio á veces muy cómodo proceder como los hijos del trueno, llamar de cualquier modo el fuego del cielo sobre los enemigos, ó rogar á Dios que los arrebatase del mundo, para que no cometan más numerosos males.

Nosotros, cristianos, tenemos mucho mejores armas, las saetas ardientes de la oración, que no aniquilan por entero á aquellos á quienes hieren, pero que alcanzan á los enemigos de Dios en el corazón, para enternecerle y tornarle enteramente abrasado por él.

Aquél que, ante tan formidables masas, que van contra el reino de Dios con el deseo de arruinarlo, alguna vez hasta con la idea de prestar favor á Dios mismo, no sostiene vigorosamente sus armas, resuelto á morir antes que

(1) Weiss, *Ibid.*, 376 y sig.

(2) Job, XXXIV, 13.

(3) Job, XXXIV, 27.

(4) Job, XXI, 14, 15; XXII, 17.

descansar, ni siquiera un solo día, no merece llamarse soldado de Dios.

Aquí no se trata de replegarse sobre sí mismo, y vivir en estoica quietud. Aquél que ahora descansa, aquél que deja que las cosas sigan su camino, aquél que hasta teme que se acentúe el contraste entre lo profano y lo divino; aquél cuya única preocupación consiste en no exponerse demasiado al peligro, en no cansarse demasiado, á ése bástale golpearse el pecho, si se cree de él que no toma las cosas con formalidad, que se halla en connivencia con los enemigos de Dios, y que no comprende la época, ni sus exigencias.

Todas esas estériles lamentaciones tocante á lo triste de los tiempos, toda esa secreta cólera contra la corrupción de los hombres, todos esos cobardes lamentos acerca del poder de Satanás, son pura niñería.

En una situación como la nuestra, no basta contar sólo con la fe, y consolarse con la esperanza de que todavía Dios vive, y que no abandonará á su Iglesia. En nuestros días aún, las palabras del profeta tienen aplicación: «Maldito aquél que hace la obra del Señor con torcidas intenciones; maldito aquél que guarda su espada, y que la impide el derramar sangre». ⁽¹⁾

No se trata de la sangre de los enemigos, sino de la propia. «No habéis luchado aún hasta derramar vuestra sangre»—⁽²⁾ dice el Apóstol.—Y esa censura alcánzanos más que á los cristianos á quienes se dirigía.

Tal es la misión que predicán el Espíritu de Dios, y el de nuestros tiempos. Aquí tienen aplicación estas hermosas palabras:

«Si tiemblas al ver tus interiores miserias; ante los vanos entretenimientos del mundo; si algo sientes parecido á las angustias de la muerte, pelea entonces enérgica, virilmente, hasta que en ti hayas aniquilado el espíritu de mentira y cobardía, que te estrecha». ⁽³⁾

(1) Jer., XLVIII, 10.

(2) Hebr., XII, 4.

(3) Según Jul. Mosen, *Gedichte*, p. 9.

Sí, he ahí lo que los tiempos piden á cada uno de nosotros.

Alguien puede contestar: «No se escribir; no se hablar». Mas nadie puede decir: «No puedo separarme formalmente del espíritu del mundo, de la labor de la época». El espíritu de los tiempos clama justamente, á quien quiera comprenderlos, estas formales palabras: «Haz por lo menos lo que de ti depende. Necesitas luchar contra el mal, aun cuando hubieras de perder, no sólo tu sangre, sino también tu vida, y tu posición y los favores de que disfrutas. Sin eso, todo está concluído para ti».

Debiéramos tener como muy honroso para nuestra época, el presentarnos la mediocridad tan difícil, y ponernos, digámoslo así, en la doble alternativa, ó de aspirar al más elevado fin de la perfección cristiana, ó dejarnos arrastrar y sepultar por el torrente del mal.

6. Los deberes que la época impone al cristiano son tres: la huída del mundo, recogerse en sí mismo y elevarse á Dios.—Por esa razón, de nuevo, y más oportunamente que nunca, oímos resonar en nuestros oídos este llamamiento: «Salid de donde estáis; no toquéis á lo que es impuro». ⁽¹⁾

Esas palabras tienen, es verdad, aplicación en todos los tiempos. Ni siquiera se necesita de la luz del Cristianismo para comprender que es necesario separarse de los procederes del mundo, si no queremos hacernos partidarios suyos, ó sus víctimas. Ya Platón dijo: «Difícil es cruzar este mundo, sin sentir las acometidas de su corrupción. Pues, de una parte, hace todo género de aterradoras amenazas á quien con él no va, y de otra, es fuente de peligros todavía mucho mayores con sus adulaciones, sus placeres, sus dones, por medio de los cuales explota,—y desgraciadamente pocas veces en vano,—el poder del orgullo, de la sensualidad y de la avaricia. Aun almas graves fácilmente sucumben á sus atractivos». ⁽²⁾

(1) Jerem., LIII, 11. II Cor., VI, 17.

(2) Plato, *Rep.*, 6, p. 491, a y sig.

«Por eso—concluye él—quien quiere salvarse no tiene otra cosa que hacer sino proceder como si se hallase en medio de una manada de bestias feroces, ó de violenta tempestad. Resistir á las bestias ávidas de sangre, no puede. Entonces trata de huir en cuanto la ocasión se le ofrece. En cuanto á la tempestad, por adelantado sabe que no puede afrontarla. Entonces, abrigase al pie de muro protector y déjala pasar. De esta suerte, mantiénese seco y limpio, mientras los otros que no supieron guarecerse, resultan enteramente manchados de lodo». ⁽¹⁾

El Espíritu de Dios aconseja á los suyos que tomen en caso de peligro esa medida de precaución ya sugerida por la simple razón natural: «Huíd de Babilonia, y que cada cual de vosotros no piense sino en salvar su vida; no calléis su iniquidad». ⁽²⁾ Y el Salvador dice igualmente: «Que los que están en el llano huyan á los montes; y que aquél que se halla en el tejado no baje para coger lo que tiene en casa; y que aquél que se halla en el campo no vuelva para coger su vestido». ⁽³⁾

Según este precepto es como han obrado los que supieron interpretar las señales de los tiempos, siempre que la corrupción moral y el relajamiento de los lazos de todo género anunciaban la proximidad de una catástrofe.

Las últimas sacudidas del mundo pagano en su agonía, en tiempos de Decio y Diocleciano, las tempestades de las invasiones bárbaras bajo las cuales cayó la antigüedad hecha ruinas, los tristes tiempos que siguieron al hundimiento de la monarquía carlovingia, las discusiones del siglo XV, que prepararon la Reforma, y el desencadenamiento de las más bárbaras pasiones, que fué su consecuencia inmediata, he ahí también las grandes épocas de la historia de la Iglesia, que han producido el mayor número de ermitaños, de monjes, de igual suerte que los más grandes santos, los más grandes reformadores y los más grandes místicos.

(1) Plato, *Rep.*, 6, p. 495, d. e.—(2) Jer., LI, 6.

(3) Matth., XXIV, 16 y sig.

Pues bueno, hace bien un siglo que esa ley de la vida cristiana ha dejado de cumplirse. Sin embargo, quizá no se dió época en que su cumplimiento haya sido tan necesario como al presente.

Nos asimos á un mundo que sin cesar huye ante nosotros, como si temiera mancharse tocándonos. Recházanos, y, no obstante, unímonos á él. ¿No comprendemos, pues, nuestra situación? ¿No queremos, pues, dejarnos explicar el tiempo por el tiempo mismo? Por doquiera muéstranos la salida. Cada cual confinanos en el desierto, en el santuario secreto de nuestro corazón, y á pesar de eso, no queremos entender esa enseñanza. Decimos constantemente que necesitamos ir con la época, pensar en conformidad con los tiempos, tener en cuenta las necesidades actuales.

Seguramente, ahí está el más grave de todos los deberes que la época nos impone. ¿Pero eso llámase ir con los tiempos, cuando nos postramos ante ellos en el fango, para dejarlos soberbiamente pasar sobre nosotros, cuando nos cosemos á su manchada veste, mendigando sus favores y algunos mendrugos de pan que desdeñosamente nos arroja?

¿Acaso no llegaremos más bien á comprender la época, si nos situamos en un punto de vista elevado, lejos del tumulto del mundo, y si, tranquilos espectadores, dejamos pasar ante nosotros el bárbaro cortejo, en vez de mezclarnos con él, y de sucumbir á la embriaguez por él producida? Ó bien, ¿queremos esperar nuevos profetas y que vuelva el mismo Jesucristo, para formar exacto juicio acerca de los tiempos en que vivimos? ¿Necesitamos profetas para eso? ¿Acaso quien tiene entendimiento y conciencia no es, en tal sentido, bastante profeta él mismo? ¿No dijo Dios á cuantos tienen ojos: «Hijo del hombre, te encargué que velases por la casa de Israel; yo mismo te hablaré y tú les transmitirás estas palabras?»⁽¹⁾

¿Por qué, pues, trabajamos tan poco en esa tarea? ¿Por qué no decimos también: «Vigilo para el Señor durante el

(1) Ezech., III, 17.

día, y toda la noche sigo vigilando?» Y si por acaso no confiamos en lo que la voz del Señor, nuestra inteligencia y nuestra conciencia, nos dicen, entonces ¿por qué no creemos á los que entienden mejor esa voz? ¿Por qué no prestamos atención á lo que nos hablan los acontecimientos?

Por doquiera vemos incendios. El horizonte arde y amenaza con tempestades. Retumba el trueno; tiembla el suelo bajo nuestros pies. En el gran reloj del tiempo, la mano avanza, avanza siempre. Siéntense ya bajar sus pesas, su martillo apréstase á dar esa hora terrible, ante el pensamiento de la cual tiembla el mundo entero lleno de ansiedad. Viene luego una espera misericordiosa, después aún otra vez resuena la advertencia: «Cuando esas cosas empiecen á suceder, erguíos y levantad la cabeza».⁽¹⁾

¿Acaso no basta eso para instruirnos? Nosotros que de todo sabemos hablar y discutir acerca de todo, ¿queremos que el Señor nos dirija este cargo: «Sabéis discernir los aspectos del cielo, y no sabéis entender las señales de los tiempos?»⁽²⁾

Mereceríamos, efectivamente, esa censura, si no comprendiésemos que esas señales piden de nosotros tres cosas: separarnos del mundo, entrar en nosotros mismos y renovarnos mediante completa conversión á Dios. Esos tres puntos son el deber más indispensable y más apremiante que la época nos impone.

Nosotros decimos también, y de la más expresa manera, que debemos tener en cuenta las necesidades de la época. Hemos dicho ya, y lo repetimos, que perderíamos toda influencia sobre la época, y nuestro derecho de hablar alto en su presencia, si no mirásemos, y si no tomásemos á pecho, la misión que nos impone.

Pero atrevémonos igualmente á decir que únicamente comprende los tiempos presentes aquél que previene sus necesidades, con ellos anda, y se esfuerza en cumplir las tres citadas exigencias. He ahí la actividad verdadera-

(1) Luc., XXI, 28.

(2) Matth., XVI, 4.

mente conforme con las exigencias de la época, la actividad que incumbe al cristiano, la única que demuestra que comprende la situación y sus exigencias. Es ella la única que le da la posibilidad de ser útil en la hora presente.

7. La piedad cristiana y la huída del mundo, tienen por carácter esencial un deseo vivo de mejorar al mundo.—Lejos de nosotros el pensar que basta con retirarse en sí mismo, y abandonar el mundo á su suerte.

Ese es el pensamiento que sirve de base al estoicismo, al budismo y al pesimismo. Mas el espíritu cristiano nada tiene que hacer con esa filosofía del orgullo, del egoísmo y de la pereza. Vale más morir que perecer inútilmente. El que no trata de salvar á otros, en cuanto está en su mano, difícilmente se salvará él.

Esto, no obstante, no se halla en manera alguna en contradicción con la verdad según la cual aquél que no comienza por corregirse á sí mismo, difícilmente corregirá á los demás.

Así, hemos hecho ver la gran diferencia que media entre la piedad cristiana y la fuga del mundo, de igual suerte que entre todas las demás tendencias intelectuales.

El bramán y el budista huyen del mundo, no como de un peligro, sino como de la encarnación del mal, y buscan la manera de adormecerlo, de olvidarlo y de hacerle desaparecer. El mahometano aplástalo y le infunde el germen de la muerte, el griego desaparece en él, el romano devóralo, el pesimista y el estoico lo consideran malo, y tienen demasiado buena opinión de sí mismos para bajar hasta él ó juzgarle digno de una tentativa de mejoramiento. El pietista conténtase con lamentarse de él y de él apartarse con piadosas palabras, cosa que el quietista mira como turbación que es inútil llevar en su egoísta tranquilidad espiritual. Vale más dejar que las cosas sigan su camino.

El único que pone manos á la obra de manera formal para corregirle y elevarle, es el verdadero cristiano, que sigue la huella de los santos. Los santos no huyen del mundo por orgullo, por desprecio á los hombres, porque le

consideran como el mal mismo, y el frecuentarlo como una mancha, sino por dos razones más altas.

Primeramente, temen las relaciones inútiles con el mundo, porque tienen miedo á su propia debilidad. Quieren ante todo salvarse, y hacerse ellos mismos fuertes, pensando que así podrán trabajar tanto más eficazmente en favor de él.

Después, quieren apartar de él, mediante la oración, la penitencia y las satisfacciones, los castigos que Dios podría infligirle, y tornarle accesible á la gracia. Quieren, mediante su recogimiento y su energía más considerable, dar á su palabra mayor influencia sobre las almas, y al ejemplo suyo mayor poder sobre los corazones.

Con tal intención, San Juan Bautista y el Apóstol de los Gentiles retiráronse á la soledad. Eran niños cuando allí fueron, y volvieron hechos hombres. Si antes no habían hecho más que balbucir, desde aquel momento, sus palabras ardieron como el fuego y abasaron la tierra entera.

Así sucedió siempre entre los santos. Millares de ellos no pensaron expresamente en ese fin. En su humildad, hubieran hasta considerado tal designio como presunción personal. Pero retirábanse del mundo en sí mismos, y se levantaban sobre él hacia Dios en el espíritu del Cristianismo. Y éste encargábase de que su luz no quedase bajo el celémín, sino que, desde la soledad del claustro, ó desde las profundidades del desierto, el resplandor de sus virtudes y la fuerza de su palabra penetrasen los corazones con un poder capaz de ablandar los más duros.

8. Lucha inevitable entre el reino de Dios y el reino del mundo.—El mundo no tiene, pues, motivo para hacernos cargos, si de él nos separamos. Necesario es que tal separación ocurra. Hasta podría creerse que el mundo debe ser el primero en desearla. No puede hallarse á gusto; y tampoco se halla á gusto en la proximidad de aquellos que conceden á Dios influencia sobre la vida, ó aun de aquellos que,—aunque se sustraen con frecuencia á esa influencia por propia cuenta,—exhortan constantemen-